



Otros logos

REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

Etnografía y nación. Hipótesis para un diálogo

Alejandro Grimson*

Resumen:

Consideramos que el lugar de la etnografía y de la antropología social en un país depende en buena medida de cómo es imaginada la nación y sus miembros. Así, un país que considera sus espacios rurales como lugares de tradiciones que hacen a la encarnación de su identidad, un país que se piensa habitado por una profunda heterogeneidad, un país que se sueña como destinado a contribuir a civilizar pueblos tan distintos que habitan la faz de la tierra, puede otorgarle algún lugar a la etnografía, incluso un lugar clave entre las ciencias sociales del país. Más allá de cómo se constituye esa ruptura, la hipótesis es que el presupuesto de una heterogeneidad políticamente irresuelta se encuentra sobre la base de una centralidad etnográfica. O sea, el extrañamiento sería una condición de la etnografía. Pero sólo como percepción de una diferencia. Mientras el extrañamiento que deviene de la etnografía se instituye como comprensión de esa diferencia. Esta hipótesis permitiría pensar el lugar peculiar que la etnografía ha tenido en la Argentina y sus transformaciones recientes.

* Profesor de Antropología de la UNSAM, Investigador del CONICET, Decano del Instituto de Altos Estudios Sociales. Entre sus libros más recientes se cuentan *Los límites de la cultura* y la compilación *Antropología ahora*, ambos de Siglo XXI.

Abstract:

We consider that the place Ethnography and Social Anthropology hold in a country depends on how the Nation and its members are imagined. Thus, a country that considers its rural areas as places of cultural tradition where its identity is embodied, and a country that is thought to be destined itself to contribute to civilize the so various people who live on the face of the Earth, can definitely concede to Ethnography a key place within the National Social Sciences (or the Social Sciences of the country).

Apart from the way this breaking (off) takes place, the hypothesis is that the budget of a non-solved political heterogeneity is placed on the basis of an ethnographic centrality. In other words, the estrangement would then be a condition of Ethnography perceived only as a perception of difference which will later on become the comprehension of such difference. This hypothesis would allow us to think of the peculiar place Ethnography has lately held in Argentina as well as its recent transformations.

Keywords: Ethnography, Nation, Ethnographical centrality, local immigration.

Palabras clave: Etnografía, Nación, centralidad etnográfica, inmigración regional.

Hay historias de la etnografía, historias de las naciones e historias de las relaciones entre ambas. Quisiéramos proponer algunas hipótesis acerca de las relaciones entre ciencias sociales y nación en el caso argentino, relaciones ciertamente cambiantes. Proponemos comprender el lugar de la etnografía como un espacio peculiar de esa relación.

Procuramos que estas páginas contribuyan al debate. Así, preferiremos enunciar de modo asertivo ciertas hipótesis, con la idea de impulsar el intercambio. No debe entenderse, sin embargo, que consideramos constatadas todas las afirmaciones que realizaremos. Comencemos por la primera. *Consideramos que el lugar de la etnografía y de la antropología social en un país depende en buena medida de cómo es imaginada la nación y sus miembros.* Así, un país que considera sus espacios rurales como lugares de tradiciones que hacen a la encarnación de su identidad, un país que se piensa

habitado por una profunda heterogeneidad, un país que se sueña como destinado a contribuir a civilizar pueblos tan distintos que habitan la faz de la tierra, pueden otorgarle algún lugar a la etnografía, incluso un lugar clave entre las ciencias sociales del país. Más allá de cómo se constituye esa ruptura, la hipótesis es que *el presupuesto de una heterogeneidad políticamente irresuelta se encuentra sobre la base de una centralidad etnográfica*. O sea, el extrañamiento sería una condición de la etnografía. Pero sólo como percepción de una diferencia. Mientras que el extrañamiento que deviene de la etnografía se instituye como comprensión de esa diferencia.

La antropología se sustenta en un relato acerca de las escuelas francesa, inglesa, estadounidense y, a veces, alemana de la disciplina. Más allá de con cuánto detalle, algo sabemos acerca de la constitución de los contextos nacionales y los desarrollos de la disciplina (Stocking, 1982; L'Etoile, Neiburg, Sigaud, 2002). Un poco menos se ha sistematizado la relación entre los imaginarios nacionales latinoamericanos y su relación con la antropología, con la antropología social y con la etnografía. Cabe interrogarse por qué en un país “antropología” puede parecer (si no se aclara) sinónimo de “arqueología” y en el otro de “etnografía”. Posiblemente, el lugar que *pasado y presente* ocupan en los modos en que se piensa la sociedad o su otros tengan alguna influencia con la dirección asumida por la semiosis, es decir, en la connotación de “antropología”.

En referencia al caso argentino y para detenernos en el período que va desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad, proponemos periodizarlo en tres fases. En la primera fase, cuando predomina un naciocentrismo que podemos considerar “clásico”, cuando la nación es más bien *taken for granted*, las ciencias sociales parecen habladas por la nación. En esa fase, la etnografía y la antropología social son fuertemente desplazadas hacia un lugar marginal o periférico. En una segunda fase, especialmente desde los años ochenta y crecientemente en los noventa, la nación es cada vez más un objeto de estudio. Las ciencias sociales establecen un programa amplio para investigar los mecanismos políticos, institucionales y culturales a través de los cuales se construyó la nación y el nacionalismo. En la medida en que se focaliza crecientemente en agentes y en procesos sociales, así como va reponiéndose un panorama sociocultural mucho más heterogéneo, la etnografía comienza no

sólo a ganar lugar desde la antropología social, sino que también empieza a ser apropiada para usos diversos desde otras disciplinas. Creemos que pueden encontrarse ciertas huellas de aspectos del imaginario nacional en ciertos modos en que se establece esa relación.

Una hipótesis quizás aún más audaz es que en la última década se habría iniciado y consolidado otra relación, más compleja y reflexiva, entre etnografía y nación, en la cual intervienen no sólo reconceptualizaciones acerca de ambos términos, sino de la relación entre los mismos.

Las tres fases

Durante una gran parte del siglo XX, la antropología social en Argentina quedó desplazada frente al sistema de disciplinas que se proyectó para un país que se consideraba a sí mismo desde parámetros europeos. Así, a los padecimientos de todo el sistema universitario y científico argentino, a la antropología social se le agregó un doble mal entendido. Por una parte, un imaginario nacional acerca de quiénes somos los argentinos muy afianzado en la creencia de que mientras los mexicanos descenderían de los aztecas, aquí descenderíamos de los barcos. Una convicción oficial de que aquí “no hay ni negros ni indios” y una opinión supuestamente progresista que ejercía su crítica de esa afirmación diciendo “no hay negros ni indios porque los mataron a todos”. Así se confirmaba lo que decía denunciar.

Por otra parte, un imaginario de la antropología acerca de que debía concentrarse exclusivamente en las sociedades no occidentales. Recordemos aquellas ideas de una “sociología de la sociedades primitivas”. Si los antropólogos sólo estudiaran pueblos indígenas y en la Argentina no hubiera indígenas vivos, entonces el desarrollo de la disciplina no tenía sentido en el país. Sin embargo, luego de historias que se remontan al siglo XIX y que beben de fuentes múltiples que van del folclore a la microsociología, hace algo más de cuatro décadas un puñado de antropólogos sociales comenzó a realizar investigaciones en diferentes zonas del país, investigaciones preocupadas por personas y grupos contemporáneos a ellos mismos, estudios con poblaciones indígenas, con poblaciones en procesos de interrelación con el estado nacional

y también con otros grupos sociales, como colonos, criollos, productores rurales, trabajadores.

Así comienzan a desplegarse, con rigurosidad pero carácter periférico, las etnografías clásicas de la antropología social argentina: Hermitte, Vessuri, Bartolomé, Archetti, por citar sólo algunos nombres. Por los territorios y las poblaciones escogidas, esta antropología social estaba descentrando los estudios sociales y reponiendo un carácter mucho más heterogéneo del país que aquellos proclamados por los imaginarios europeístas y modernizados vigentes. Creo que, en su contexto, deben ser hoy leídos como búsquedas de descentramiento a la vez que como negación de que la diferencia fuera una pura oposición a los procesos de expansión del capitalismo argentino. Su énfasis estaba colocado en la interrelación entre procesos generales, que iban desde dinámicas económicas hasta encastramientos políticos entre tradición de patronazgo y culturas políticas vinculadas al peronismo. Estaban dilucidando la contemporaneidad de grupos, relaciones, creencias y formas productivas. De allí, la relevancia otorgada al concepto de “articulación social”. Otros trabajos hoy clásicos de la antropología de la época, como el de Ratier, pueden ser situados en una preocupación análoga, aunque enfatizando la dimensión urbana y el otro presente, cotidiano, con potencia política, el “cabecita negra”.

Para que se comprenda qué implicaba escoger Chaco, Misiones, Santa Fe y Santiago del Estero como lugares de estudio, debe preguntarse cuántos estudios sociológicos e históricos de fines de los sesenta e inicios de los setenta están situados en esos espacios. En algunas disciplinas el naciocentrismo clásico funcionó hasta avanzados los años ochenta y noventa, constatables en presunciones explícitas de que en un “país macrocefálico” lo nuevo vendría de su cabeza. Lo cual era una negación extrema de una historia conocida, pero que podía decretarse imaginariamente inexistencia sin crítica alguna por parte de los colegas. De hecho, ¿cómo es posible que haya libros de destacados sociólogos en cuya tapa se menciona como lugar al que refiere el texto a la “Argentina” cuando las investigaciones fueron realizadas en la Capital Federal?

Como eso siguió sucediendo hasta los años noventa, el descentramiento implicado en un desplazamiento que no podía ser peculiarizado como “regionalista” (clasificación que deslegitima por presunción de parroquialismo),

no puede ser menospreciado. Este proceso fue interrumpido en el contexto del terrorismo de Estado. En el final de la dictadura ya surgen búsquedas por colocar a la antropología y a la etnografía en franca tensión con los imaginarios nacionales prevalecientes. No es menor el relato de Abízano acerca del rechazo, por parte del CONICET, de su proyecto para estudiar las zonas de frontera desde enfoques contrapuestos a la seguridad nacional y geopolítica de la hipótesis de conflicto. Desde entonces se abre una etapa en la cual una gran parte de la producción etnográfica estará orientada franca y abiertamente a deconstruir imaginarios uniformizantes, capitalinos y europeístas, tendencia que se iría incrementando en la década del noventa. Desde la multiplicidad de estudios acerca de los distintos pueblos indígenas hasta las etnografías de los rituales patrióticos escolares o los grupos y movimientos de ex combatientes de Malvinas, la nación (y la provincia) y las tensiones nación-provincia ocuparon un lugar crucial en el desarrollo de la etnografía.

El trabajo etnográfico se retomó desde los ochenta con nuevos investigadores y nuevos proyectos, cuando ya resultaba claro para muchos no sólo que en la Argentina hay muchos pueblos indígenas, sino que la población es heterogénea, con múltiples ascendencias. Pero además, y esto no es menor, que los antropólogos además estudian procesos urbanos, villas miseria, elites estatales, inmigración, relocalizaciones, salud, educación, y así sucesivamente. Sin embargo, conviene proponer una hipótesis acerca de una peculiaridad del lugar de la etnografía en relación a las otras ciencias sociales en Argentina. En su tesis doctoral, Neiburg (1998) sostiene que desde la segunda mitad de los años cincuenta, una porción crucial de los intelectuales y académicos locales construyeron su trayectoria y su prestigio intentando ofrecer interpretaciones de la Argentina (lo cual continuaba una historia intelectual extensa y densa), pero que para esos años *interpretar la Argentina implicaba interpretar el peronismo*. Puede pensarse en la persistencia de esa pregunta a lo largo de varias décadas en las ciencias sociales argentinas y en su condensación de obras clásicas de la sociología y la historia. Cabe preguntarse hasta qué punto la antropología social asumió ese programa. Nuestra hipótesis es que, en contraste con otras disciplinas, el peronismo fue un tema escasamente abordado por la antropología (con las excepciones de Vessuri, Taylor, el propio Neiburg, entre otras). Quizás por extensión, quizás por otros motivos, también

los trabajadores industriales fueron muy escasamente estudiados por la antropología mientras parecían encarnar aspectos del “país moderno”. Es decir, con excepciones (otra vez Neiburg, Grimberg, etc), una antropología de los trabajadores u obreros sólo se inició cuando en el propio imaginario nacional se instaló la noción de que era un sector posiblemente en proceso de desaparición. Si esto fuera así, no sólo estaríamos hablando de la pregnancia de la nación sobre las ciencias sociales, sino del éxito del macro relato del rescate de las sobrevivencias sobre la agenda de la antropología.

Al mismo tiempo, y quizás no resulte del todo excluyente, la búsqueda de construcción de una agenda descentrada, no sólo geográfica, sino también temática y conceptualmente, puede haber influido en ese proceso. Una suerte de división disciplinaria del trabajo: la sociología estudia los productos de la modernidad y sus aporías como el peronismo, la antropología estudia lo periférico y los deshechos de esa modernidad ya periférica. Esa división, si existió, hace un tiempo estalló por los aires. Hay sociologías de grupos indígenas y hay etnografías de los militares. Pero parece haber lagunas y huellas de aquella división.

Esa ausencia comparativa del peronismo, lejos está de ser una ausencia de la preocupación nacional. Me atrevería a proponer una hipótesis. *A mi juicio, si establecemos comparaciones con otras antropologías latinoamericanas, creo que resulta evidente que en la Argentina la cuestión nacional ocupó un lugar especialmente relevante.* Si bien no podemos encontrar aquí un libro como el de DaMatta (lo cual se vincula con ese carácter débil de la antropología local en contraste con su lugar central en Brasil), y menos aún Gilberto Freyre o Darcy Ribeiro, es probable que pudiera constatarse que la cuestión nacional está mucho más presente en las tesis doctorales etnográficas de los últimos veinte años en Argentina que en Brasil.

Si eso fuera así, sería necesario encontrar una explicación. La explicación no sería específicamente etnográfica. La preocupación por la nación en Argentina ocupa un lugar distinto a Brasil en otras disciplinas, e incluso en el ensayismo de masas, como es la proliferación de best seller acerca del “fracaso argentino” (Semán y Merenson, 2007). La explicación de esa agenda etnográfica estaría en diálogo con los debates acerca de qué es la Argentina y quiénes somos los

argentinos, tema recurrente y persistente, actualizado con la crisis de inicios de milenio y con la emergencia de relatos decadentistas acerca de la nación.

De la sociología a la etnografía de la migración

En un país que se considera a sí mismo como un país de inmigración, quizás conviene detenerse en cómo fue virando la investigación en ese tema. El imaginario europeísta requiere de la indigenización salvaje de Paraguay y Bolivia, del ennegrecimiento o la carnavalización de Brasil, de la provincialización de Uruguay y de un desprecio de combinaciones explosivas hacia Chile.

Varios estudios contemporáneos (como los de Caggiano, 2008; Courtis, 2002; Halpern, 2010; Karasik, 2000; Baeza, 2009, entre otros) expresan, a mi modo de ver, un fenómeno social, relativo a la percepción y cambios en la significación acerca de aquella migración. La migración en sí no es un tema nuevo. La historia de la sociología argentina no es sólo la historia de la lucha de interpretaciones sobre el peronismo. En sus fases fundacionales, la cuestión migratoria ocupó uno de los lugares cruciales de la agenda de investigación. El punto de ciego principal de este programa era la inmigración desde los países limítrofes. En ese aspecto, la sociología más que contrastar los imaginarios sociales de la época con la evidencia, parecía hablada por dichos imaginarios a la vez que contribuyendo a conformarlos. Ciertamente, si la pregunta es acerca del papel que las migraciones cumplen en la “modernización” de la Argentina y esa modernización es pensada eurocéntricamente, ¿quién podría incluir en la agenda a bolivianos, paraguayos o chilenos en los años sesenta? Sólo que, cabe mencionar, aquí toda la declaración respecto de los datos empíricos tiende a colisionar con las nociones que tornaban sociológicamente invisibles a los inmigrantes de países latinoamericanos, ya que el censo de 1960 podrá mostrar que la inmigración desde Europa se ha detenido, mientras continúa en su flujo constante (del cual hay registros censales desde 1869), la inmigración regional.

Ir en la dirección contraria a ese programa es contribuir al socavamiento de esa hegemonía. La fabricación del sentido común contemporáneo de lo paraguayo o lo boliviano es un proceso histórico que etnógrafos han reconstruido.

Tomemos la migración paraguaya. La idea prevaleciente en sectores medios y altos es que se trata de una migración económica, laboral, que se inserta en espacios habitacionales precarios, cuyas mujeres ocupan un espacio relevante del empleo doméstico y eventualmente pueden ser considerados como delincuentes (aunque estereotípicamente, no tanto como los peruanos). Entre muchos otros aspectos también habría que incluir los cantos contra la hinchada de Boca, en los cuales se los insulta por ser bolivianos y paraguayos. Pero Halpern nos ofrece otra evidencia, en tensión con esa imagen homogénea: un capítulo crucial y definitorio de la inmigración paraguaya estuvo vinculada al exilio político. Aquellos “pobres” e “indigentes” estaban vinculados a la política y participaban activamente de una lucha antidictatorial. En una sociedad que no pocas veces tendió a instituir un imaginario “clasemediero” sobre los desaparecidos, que no se condice con los datos, no parece casual que sorprenda esta relación tan precisa entre exilio político y paraguayidad.

Esto desplaza el punto de vista y la perspectiva teórica. Cuando se habla de “migración y desarrollo” se piensa especialmente en desarrollo económico, aunque también podría ser –a lo sumo– desarrollo social. Modernización incluye el capítulo político, pero en el país de destino de los migrantes. Los casos de los migrantes de estos países a la Argentina claman por avanzar en la consolidación de una rotación de perspectivas. No mirar desde el punto de vista, si es que existe, del “país receptor” y comenzar a enumerar los saberes, tecnologías, capitales o culturas que los inmigrantes van a aportar con su arraigo. Mirar, también, desde el “país de origen”, que no es el Estado, lo cual resulta evidente: los migrantes económicos enviando remesas que pueden influir en sus localidades de origen, los exilados organizando los comités de sus partidos políticos, pensando en la lucha para derrocar a la dictadura, buscando caminos para transformar por la vía que fuera posible al Estado y el estado de cosas.

El problema con una idea de los “países” es que parte de la disputa es cómo definirlos. Disputa que se continúa porque debe decidirse si “democracia” significa que elijan al gobierno quienes habitan el país o también quienes nacieron en él pero debieron emigrar. Lo que buscan mostrar los trabajos etnográficos es en esta compleja red de interrelaciones, reconstruir miradas –

más que de países- de personas y grupos sociales que, al fin y al cabo, son quienes hacen los estados, las naciones y sus instituciones.

Parte de esas relaciones sociales e históricas que determinan su capacidad de trabajo, de imaginación y su potencialidad política es, en un grado relevante, el propio Estado argentino, sus legislaciones, políticas y acciones. En aquella matriz histórica europeísta se inserta la xenofobia especialmente, pero no sólo, de los años noventa. Si la primera había excluido indígenas, migrantes latinoamericanos y afrodescendientes, los procesos de extranjerización y descuidadización se acenturaron vertiginosamente con los mitos performativos de que los migrantes eran productores de desempleo y delincuencia.

Esas etnografías han ofrecido valiosos datos empíricos acerca de cómo funcionaban las fronteras entre identidades políticas e identidades étnicas hace tres o cuatro décadas en la Argentina. Básicamente, permiten confirmar y densificar la tesis de que los diacríticos vinculados a la etnicidad/nacionalidad eran claramente secundarios respecto de identificaciones de clase o políticas. El hecho de que un trabajador o “villero” fuera paraguayo daba cuenta de sus historia y su cultura, pero no lo compelfa a organizarse social, cultural y políticamente en tanto paraguayo. Además, organizarse de este modo no era en absoluto incompatible con participar de organizaciones barriales, sindicales o políticas de sectores populares “argentinos”. La pertenencia social o política, como es sabido, marcó límites poderosos, a veces infranqueables, pero no guardaba relación mecánica con los orígenes nacionales de las personas.

Los estudios clásicos sobre migraciones producían tipologías no sólo sobre migración temporaria y permanente, sino sobre una migración económica que se distinguía de la política. Son innumerables en la actualidad los casos que muestran que los procesos de comunicación y la “compresión espacio-temporal” del planeta tornan dificultosa la distinción entre temporario y permanente, ya que son cada vez más numerosos quienes viven en dos países por períodos, o yendo y viniendo de manera constante. El caso de los paraguayos torna riesgosa la diferenciación tajante entre económico y político: cuando para acceder al empleo público (cuya proporción era notoria) resultaba imprescindible la afiliación al Partido Colorado, no pocos paraguayos consideraron que necesitaban buscar empleo fuera de su país ya que no iban a

avalara a la dictadura con ese gesto (Halpern). Los testimonios de quienes no consideraban una mera formalidad trivial dicha afiliación, sino que lo consideraron un motivo “económico” para salir del país, se agregan a los militantes, activistas y dirigentes comprometidos en una lucha abiertamente política, que se trasladaron a la Argentina para escapar a la represión.

La sociogénesis de esas clasificaciones nos lleva al siglo XIX, no sólo por la Guerra de la Triple Alianza, sino también por las descripciones de viajeros que recorrieron las aguas del Paraná fabricando simbólicamente con su pluma las fronteras de la imaginación más poderosa entre la civilización y la barbarie. En esas décadas se cimentó un *paraguayismo* –en el sentido de Said- cuya peculiaridad radicó en fundamentar en los estereotipos de una simpleza patética el desinterés completo de una hacia la otra de las partes. Y por lo tanto, la inexistencia de un verdadero paraguayismo, con la excepción de la fantástica idealización posterior que se hiciera de aquellas tierras decimonónicas -*buen salvaje* que era, otra vez, una variante del etnocentrismo invertido. De allí que otro mérito de la etnografía contemporánea, derive de su genuino interés por comprender historias, trayectorias y situaciones actuales buscando reconstruir lo invisibilizado, más que fabricando o idealizándolo.

Otro caso, objeto o tema en el que se visualiza este desplazamiento teórico y político son las fronteras. Las ciencias sociales han cuestionado el estudio de territorios “nacionales” a partir de los imaginarios estatales, y han considerado esos imaginarios como objeto de sus trabajos. Los estados tienden a considerar que sus posesiones les corresponden por naturaleza. La distancia analítica de las ciencias sociales desnaturaliza los espacios de la soberanía estatal. Si el militarismo impedía pensar a las fronteras como objeto de estudio de ciencias sociales críticas, incluso por alusiones a motivos de seguridad nacional, las perspectivas antimilitaristas muchas veces alentaron un populismo que idealizaba la “integración desde abajo” resaltando aspectos fronterizos que dinamizaban las relaciones “trans” y socavaban identidades perimidas y soberanías autocráticas. Ciertos estudios antropológicos fueron hablados por ese populismo. Sin embargo, ese *wishfull thinking* era básicamente un obstáculo epistemológico en la medida en que el investigador pretendía mostrar que la frontera era como a él le gustaría que fuese. Cuando uno lee trabajos donde todos son cruzadores de frontera, encarnaciones de poesías

latinoamericanas, recuerda observaciones que se le han hecho inclusive a grandes antropólogos: *demasiado bueno para ser cierto*. Incluso, tiempo después uno permanece preguntándose si efectivamente esa condensación sería tan buena como esa mirada celebratoria postulaba (un análisis más amplio de este cambio en la perspectiva sobre fronteras se desarrolla en Grimson, 2011).

Estudios sobre fronteras de los últimos quince años (Vidal, 2000; Escolar, 2000; Baeza, 2009; Karasik, 2000; Gordillo, 2000, entre muchos otros) son parte de una tercera perspectiva teórica, cuyo interés no radica en producir efectos sobre la frontera o en que la frontera nos ofrezca lecciones etnocéntricas acerca de nuestras propias imaginaciones identitarias. Buscan comprender las fronteras, a sus habitantes, a los agentes que intervienen en ella. A través de intensas narraciones y análisis, buscan que comprendamos con ella múltiples puntos de vista que constituyen, en cada momento histórico, la configuración fronteriza.

Hace mucho tiempo, en su *Marret Lecture*, Evans-Prithcard señaló con elocuencia la relación estrecha de la antropología y la historia, procurando separar a la primera no sólo de las ciencias de la naturaleza, sino también del postulado de una sociología de la “sociedades primitivas”. Se trata de reconocer una diferencia en el tiempo o una diferencia en el espacio. Una diferencia de significación y de puntos de vista. Una diferencia que la contemporaneidad destruyó como distancia espacio temporal, en el sentido de que hoy hay heterogeneidad en cada espacio, pero que por ello mismo tornó más urgente el estudio de esas perspectivas distintas.

Estudios como el de Brígida Baeza, Escolar o Merenson (2009) reúnen de manera ejemplar el paciente trabajo de archivo del historiador que mira el pasado con el no menos paciente trabajo del antropólogo que observa y dialoga con sus contemporáneos. De allí deriva la complejidad fundante de estudios que combinan la larga duración y la comparación de dos fronteras, cada una percibida desde cada lado.

Su pregunta no es cómo ella va a construirnos un fronterizo útil para nuestros debates y dilemas, sino cómo agentes diversos y habitantes de orígenes contrastantes y trayectorias sociales múltiples hacen una historia, un archipiélago de historias que sedimenta en formas de percepción, clasificación

y en prácticas. *Habitus* imposible de reificar porque si hay algo subrayado es el proceso, la transformación, en ese sentido la contingencia. Pero una contingencia que produce efectos en las clasificaciones sociales y las afiliaciones identitarias. Estas tantas veces llamadas “dimensiones simbólicas” no son realmente dimensiones, porque como puede verse en los estudios mencionados y en otros esas categorías se encuentran imbricadas con desigualdades, jerarquías, emociones muy reales y concretas.

Actualmente, palabras como globalización e integración están tan de moda como la presuposición de la desaparición de las fronteras y las naciones. Estos estudios muestran que, para bien o para mal, eso permanece en las expresiones de deseos de ensayistas que no conocen los procesos sociales que vivencian habitantes de carne y hueso. Habitantes para los cuales las marcaciones nacionales no tenían mucho sentido hace poco más de un siglo atrás y en los cuales esas categorías tienen hasta hoy sedimentos poderosos y activos.

Algunos cambios en “etnografía”

En estas transformaciones se producen otros desplazamientos semánticos, enredados a procesos regionales y globales. Por una parte, si en ciertas clasificaciones de las ciencias sociales la “etnografía” llegó a ser postulada como descripción de pueblos lejanos, mientras se reservaba a la etnología la comparación que autorizaba generalizaciones, en Argentina muchas veces la “etnografía” fue concebida como mera descripción, narración, casuística bastante irrelevante, desde la concepción criticada por Elías que postulaba que cuanto más grande el objeto, tanto mejor. Así, en los estudios del arte se había instituido que la jerarquía del investigador era directamente proporcional a la jerarquía estética del objeto. Borges, Walsh, Soriano no sólo tenían niveles literarios universalmente establecibles, sino que quienes los estudiaban eran identificables con la jerarquía análoga en el campo académico. De modo similar, el mundo sólo podía ser objeto de un gran sociólogo, los continentes para los intermedios, las naciones para aquellos investigadores de cabotaje. Lo subnacional, así concebido como “infra”, sólo podía ser objeto del *training* o del regionalismo. Ciertamente, como ya dijimos, una trampa consistía en que se

hablaba de “Argentina” con bases empíricas porteñas. Provincializar Buenos Aires, o una rotación de perspectivas para considerar a la Capital como “interior” peculiarísimo parece ser un aporte específico de la etnografía y otros estudios recientes. Operaciones teóricas similares cuestionarían las aseveraciones uniformizantes acerca de “América Latina”.

La otra trampa es la que intenta deshacer Geertz al afirmar que los antropólogos no estudian aldeas, sino que estudian poder, género, desigualdad o lo que sea *en* aldeas. Trampa en la que no sólo han caído los lectores no entrenados de etnografías (y de microhistorias), sino también varios etnógrafos. Así, asumiendo como posición reivindicadora el estigma de provincialismo no se escapa a un dilema planteado en términos equivocados.

Pero claro, tanto peso de las grandes ideas sin muchos datos empíricos, o de la sobreinterpretación, combinados con la persistencia del naciocentrismo, tornó cada vez más necesario (y en absoluto sólo en Argentina) tener alguna noción acerca de otras perspectivas, como por ejemplo, las perspectivas de los agentes de los procesos estudiados. Sólo así se explica la explosión que hemos tenido en la última década donde la etnografía pasa a ocupar un lugar crucial en varias ciencias sociales, mientras crece el espacio de la antropología social entre las mismas.

Durante los años ochenta, recuperando historias previas pero también interconectándose con las antropologías centrales, una generación nueva se había comenzado a preparar para este proceso. La publicación de *El salvaje metropolitano* (Guber, 1991), donde se procura sistematizar una concepción contemporánea de la etnografía al mismo tiempo que difundirla más allá de fronteras disciplinarias, fue un hito en un proceso donde otros participaban con su propia práctica etnográfica y la formación de otras generaciones desde nuevas (y viejas) perspectivas. Como sucede con aquello que se expande rápidamente, los múltiples usos de la etnografía planteó nuevos debates acerca de su carácter y definición.

Al mismo tiempo, los sentidos de la nación fueron cambiando y lo hicieron en diálogos cosmopolitas. Debe pensarse que en países donde el trabajo etnográfico se encuentra afianzado desde hace varias décadas, como Brasil, persistió el problema de estudiar a los “indígenas de Brasil” en lugar de estudiar a los “indígenas en Brasil”. Es decir, tendía a presuponerse la nacionalidad de

los indios o la existencia de un “Brasil indígena”, en lugar de preguntarse acerca de poblaciones y pueblos, y acerca de sus propias concepciones acerca de los contextos de interacción en los que se encontraban (ver Viveiros, 1999). Ciertamente, esa persistencia del naciocentrismo se planteó en un marco que buscó desenzimar a los indígenas y abandonar el estudio de las sobrevivencias culturales implicadas en el programa levistraussiano para la antropología, como una astronomía de las ciencias sociales. La contribución crucial de la teoría de la fricción interétnica (en la cual me formé) no torna menos, sino más problemática, dicha persistencia.

Cabe señalar que la extrapolación que propone Fonseca de la advertencia de Viveiros de Castro, desde el rol del naciocentrismo en el estudio de indígenas al rol de hegemonicentrismo en el estudio de los sectores populares urbanos, se aplica perfectamente a una porción de la investigación que se desarrolla en Argentina. Es decir, los riesgos de estudiar a los indígenas como constituidos por el Estado o estudiar a los sectores subalternos como constituidos por la hegemonía, sin espacios teóricos en los cuales dimensiones de autonomía relativa o autoconstitución sean, al menos, pasibles de ser preguntadas e investigadas. Paradójicamente, esto implica el abandono de una perspectiva genuinamente relacional para caer en una dependencia ontológica de lo subalterno, presuponiendo la inexistencia de su autonomía.

En síntesis, hay tres opciones teóricas. La primera es estudiar a los otros *en sí*, fuera de contexto, como sobrevivencia cultural, con una temporalidad homogénea. Ese problema, señalado en Brasil por Cardoso de Oliveira y por Pacheco de Oliveira, no debería ser menospreciado. La segunda opción es estudiar a los otros *en relación al poder*, presuponiendo etnocéntricamente que están básicamente constituidos por la hegemonía. Esta opción, que se ha seguido como estrategia creyendo contribuir a socavar la hegemonía, partía de presupuestos hegemónicos, entre ellos las propias categorías de clasificación. La tercera opción es estudiar a los otros *en relación con los otros que ellos definan en sus contextos*. Cuánto, cuándo, quiénes y en qué aspectos se autoconfiguran es un interrogante que obtendrá respuestas variables en situaciones históricas distintas. El presupuesto teórico es que siempre esa autoconfiguración será con relaciones con diversos otros, relación que potenciará o limitará la dimensión subjetiva a partir de la intersubjetividad. Por

último, cualquier intención o voluntad podrá incidir de modos diferentes en las dimensiones identitarias y en las dimensiones culturales.¹

Algunos cambios en “nación”

Los modos de concepción de la tarea antropológica se encuentra estrechamente vinculada no sólo a las nociones de poder o hegemonía, sino a los modos en que concebamos la nación. Sabemos que la nación es un artefacto reciente en la historia humana. Las ciencias sociales (y entre ellas la antropología social) son artefactos más recientes aún.

La nación ha sido uno de los objetos más debatidos y analizados por la antropología y la historia en las últimas décadas. Fue pensada por el esencialismo, el constructivismo, el deconstructivismo, el nacionalismo, el internacionalismo y el globalismo. En unas dos décadas, hemos pasado de la idea naturalizada de nación, propia de la perspectiva esencialista, a la instauración de un constructivismo extremo y superficial. Hemos pasado de una visión *hard* de la identidad a otra *soft* (Brubaker y Cooper), de una visión que tomaba a la nación como *taken for granted* a una visión que considera a la nación como invento ideológico sin materialidad ni efectividad; de una visión que sólo enfatizaba lo homogéneo a otra para la cual sólo existe el fragmento, lo diverso, lo mezclado y lo fractal.

La nación es un invento humano, claro está. ¿Acaso no lo es la idea de mundo, de continente, de cultura? ¿Acaso no lo son las casas, las vestimentas y los transportes? El constructivismo *cliché* (Brubaker y Cooper, 2002) nos ha cansado insistiendo en que toda idea es fabricada, procesada, contingente, histórica. Todo ello no sólo es cierto, fue importante afirmarlo y mostrarlo cuando la nación era una segunda naturaleza. Pero reducir la tarea intelectual a denunciar el carácter inventado de todo lo humano la torna reiterativa y vacía. Básicamente, ha habido tres perspectivas teóricas para abordar la cuestión nacional.² La primera, denominada esencialista, presupone la coincidencia entre nación, territorio, cultura e identidad, así como un Estado (existente o deseado). Las naciones, según esta perspectiva, existen por hechos objetivos. En su versión extrema, postula la existencia de una “personalidad nacional”, un

¹ Estos debates son más ampliamente desarrollados en Grimson, 2011.

² Retomo aquí el argumento iniciado en Grimson (2007).

“ser nacional”. La segunda perspectiva, constructivista, critica la idea de que las naciones expresen la existencia previa de rasgos culturales objetivos y afirma que la comunidad es básicamente imaginada, resultado de un proceso histórico complejo en el que intervienen diferentes actores, básicamente el Estado. Allí donde un esencialista cree que los Estados expresan la existencia previa de naciones, los constructivistas muestran empíricamente que las naciones fueron construidas por estados a través de diferentes dispositivos que incluyen la educación, los símbolos nacionales, los mapas, los censos, los mitos, los rituales y el establecimiento de derechos.

El constructivismo implicó un giro crucial de los modos de analizar y comprender a la nación y a los nacionalismos. Concentró su trabajo en los mecanismos a través de los cuales desde las élites o desde el Estado se planificó y se llevó a cabo esa fabricación de la nación. Sin embargo, no siempre prestó igual atención, como sí lo hace el constructivismo epistemológico, a las condiciones sociales en las cuales esos procesos fueron o no exitosos, y en qué grado. Estudió mucho más la hechura de la nación que las condiciones culturales que implicó, después, que hubieran sido hechas. Más a los hombres poderosos haciendo historia, que a las circunstancias no elegidas -la nación entre ellas-, para los que desde arriba y desde abajo continuaban haciendo historia.

Una tercera perspectiva se hizo necesaria porque, asumiendo varios presupuestos constructivistas, son demasiadas las preguntas que permanecen sin respuesta; y también las preguntas que el propio constructivismo no formula. Esta tercera perspectiva interviene en el debate acerca de si las naciones comparten o no aspectos culturales planteando que, como consecuencia de complejos procesos históricos, han sedimentado parámetros culturales que no son meramente imaginados. De modo muy variable entre países, se han compartido experiencias históricas que son constitutivas de una situación social determinada, en el sentido de que en cada contexto la heterogeneidad y la desigualdad se articulan en modos de imaginación, cognición, sentimientos y prácticas que presentan elementos específicos.

La irreductible heterogeneidad de los procesos nacionales se encuentra lejos de haber sido abordada a partir de los consensos teóricos constructivistas. Me parece interesante señalar cómo trabajos etnográficos argentinos, en diálogo

múltiples, contribuyeron a conceptualizar de otro modo a la nación. Briones y Segato propusieron la noción de *formaciones nacionales de alteridad* aludiendo a las modalidades históricas que en cada espacio nacional instituyeron formas específicas de interrelación entre las partes. Puede haber naciones en las cuales los criterios étnicos, sociales o políticos tengan mayor o menor relevancia, producto de procesos históricos de formación del estado, de la construcción de los sentidos de la identidad y de la fabricación de alteridades. Esta idea de formación permite dar cuenta de las lógicas políticas de la desigualdad y la heterogeneidad.

La propuesta conceptual de Segato y de Briones de pensar las *formaciones nacionales de alteridad* implica que en un espacio nacional o provincial siempre hay diferencias entre “partes”. Es decir, sociodemográficamente las “partes” de un “todo” podrían ser las mismas en categorías tan vacías como proporción de población indígena, europea y afro. Pero como la lógica de producción de identificaciones es siempre localizada y contingente, esas categorías adquieren significados muy diferentes (e incluyen personas muy distintas) en cada contexto social. Aunque las partes sean en términos demográficos idénticas, el todo implica una interrelación específica y distinta entre las partes; que, a su vez, en términos antropológicos implica que las partes no sean idénticas ni equivalentes. Por ello, Briones propone hablar de una economía política de las identificaciones.

Estas ideas deben ser pensadas como emergiendo tanto de trayectorias etnográficas como de diálogos teóricos, especialmente con ciertas preocupaciones del poscolonialismo acerca de la heterotopía y heterocronía de la nación y de las naciones.

Nación, democracia, etnografía

Estas concepciones de la relación entre etnografía y nación, a nuestro juicio, plantean no sólo nuevos programas de investigación, sino también nuevas potencialidades y territorios para la noción de democracia. No se trata de una negación del vínculo, sino de una problematización del mismo.

En la fase del naciocentrismo clásico, la heterogeneidad es invisibilizada e invisible, salvo para un puñado que fue parte de lo extirpado. En la segunda

fase, en cambio, las huellas del imaginario son más sutiles: la heterogeneidad es abordada, pero la preocupación por la nación y la búsqueda por los mecanismos de fabricación es mucho más pregnante que en otros contextos. Al mismo tiempo, la asunción de la nación como algo eminentemente negativo, autoritario, militarista, a lo cual el etnógrafo puede oponer la fragmentación, la multiplicidad, la resistencia de las víctimas de la nacionalización, estructura un programa muy nacional de investigación que no se instituyó de manera idéntica en otros países del continente.

En un trabajo previo (Grimson y Amati, 2004), sostuvimos que a partir de 1982 se instituyó una escisión en el espacio público entre el campo semántico de la democracia y el campo semántico de la nación, escisión que contribuye a comprender diversos fenómenos políticos de la Argentina.

La antropología, concebida con múltiples énfasis, pero con una vocación profundamente democratizadora, encontraba en la nación una de esas reificaciones que convenía deshacer, para poder desarmar ciertos velos. Deshacer la nación, tarea a la que se abocó parte de la historia, de la sociología y de otras disciplinas, si bien se articuló con procesos globales, tuvo un capítulo específicamente nacional.

Durante un extenso período de su historia, al igual que otras ciencias sociales, nuestras antropologías latinoamericanas tuvieron como tarea principal el conocimiento de la propia sociedad. La última década ha sido fructífera en búsquedas por recolocar las fronteras en otros lugares y estudiar, desde nuestros países, otras regiones del mundo. En cierto sentido, podríamos decir que pretendimos seguir a Guimaraes Rosa, cuando en su *Grande Sertao: Veredas*, ese Sertao que “*é do tamanho do mundo*”, Guimaraes Rosa decía: “*A gente tem de sair do sertao! Mas só se sai do sertao é tomando conta dele a dentro*”. “Tenemos que salir del sertón! Pero sólo se sale del sertón entendiéndolo desde dentro”. Una formulación crucial para la antropología, cuya historia y tradición muestra, paradójicamente que eso es cierto y lo contrario también lo es. Tenemos que comprender nuestra cultura, nuestro mundo, pero sólo podremos comprenderlos saliendo de ellos. Y sólo podremos salir de ellos si los comprendemos desde dentro.

La antropología no toma partido ante esa diyuntiva. Escoge vivir y desplegarse en la encrucijada misma, saliendo y volviendo a entrar, comprendiendo en la

comparación. Pero la comparación no niega que vivimos en contextos y que los textos etnográficos pueden ser interrogados acerca de su performatividad. La creciente visibilización y multiplicación de las heterogeneidades realmente existentes, irreductibles a cualquier imaginario nacional, han sido acompañadas por la expansión de nuestras antropologías.

Nos hemos planteado como tarea desplegar una crítica no sólo de los mundos edificados sobre la base del desconocimiento y la desigualdad de quienes los constituyen. También es necesaria una crítica a las proyecciones de desintegración y fragmentación que apelan, instrumentalmente, a las nociones de diversidad, pero sin aludir nunca a los poderes reales que trabajan esas diferencias. La producción etnográfica potencia los desafíos para ampliar los modos de imaginación social, a través del estudio y la comprensión de múltiples formas de vida, que a la vez nos hablan de nosotros mismos.

Así, nos preguntamos si no está emergiendo una reconceptualización de la etnografía y de la nación, que implican –de modo peculiar en caso argentino– una reconceptualización acerca de la democracia. ¿Cómo podría edificarse una democracia avanzada sin un reconocimiento radical de la igualdad de los seres humanos? ¿Cómo podría ser la igualdad algo más que una declaración o ley parcialmente incumplida si en la capilaridad de lo social no se verifica una pregnancia acerca de ella? ¿Cómo podría producirse esa pregnancia si los términos igualdad y diferencia no se replantean en el plano del conocimiento, de las leyes y de las prácticas a partir de los estudios y debates contemporáneos? Si la hipótesis acerca de la reconceptualización de la democracia, no fuera descabellada, será crucial ver en los próximos años las trayectorias ético-políticas, teóricas y de agendas de trabajo de aquellos interpelados por la etnografía.

Referencias bibliográficas:

Baeza, Brígida (2009), *Fronteras e identidades en Patagonia Central (1885-2007)*, Buenos Aires, Protohistoria.

Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick (2002), "Más allá de 'identidad'", en: *Apuntes de investigación*, vol. 7.

- Caggiano, Sergio (2008), *Lo que no entra en el crisol*, Buenos Aires, Prometeo.
- Courtis, Corina (2002), *Construcciones de alteridad*, Buenos Aires, Eudeba.
- Escolar, Diego (2000), "Identidades emergentes en la frontera argentino-chilena", en Grimson, Alejandro (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- Gordillo, Gastón (2000), "Canales para un río indómito. Frontera, estado y utopías aborígenes en el noroeste de Formosa", en Grimson, Alejandro (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- Grimson, Alejandro (2011), *Los límites de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Grimson, Alejandro (Comp.) (2007), *Pasiones nacionales*, Buenos Aires, Edhasa.
- Grimson, Alejandro y Amati, Mirta (2004), "Sociogénesis de la escisión entre democracia y nación. La vida social del ritual del 25 de mayo", en Nun, José (Comp.), *Debates de mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 203-233.
- Guber, Rosana (1991), *El salvaje metropolitano*, Buenos Aires, Legasa.
- Halpern, Gerardo: *Etnicidad, migración y política*, Buenos Aires, Prometeo
- Hirsch, Silvia (2000), "Misión, región y nación entre los guaraníes de la Argentina", en Grimson, Alejandro (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- Karasik, Gabriela (2000), "Tras la genealogía del diablo. Discusiones sobre la nación y el estado en la frontera argentino-boliviana", en Grimson, Alejandro (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- L'Estoile, Benoit de; Neiburg, Federico y Sigaud, Lygia (2002), "Antropología, Impérios e Estados Nacionais: uma abordagem comparativa", en Benoit de L'Estoile, Federico Neiburg y Lygia Sigaud (Orgs.), *Antropologia, Impérios e Estados Nacionais*, Río de Janeiro: Relume Dumará-FAPERJ, pp. 9-38.
- Merenson, Silvina (2010), "A mí me llaman peludo. Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay", tesis doctoral en Ciencias Sociales, CIUDAD IDES-UNGS.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

Semán, Pablo y Merenson, Silvina (2007), “¿Cómo se dividen brasileños y argentinos?”, en Grimson, Alejandro (Comp.), *Pasiones nacionales*, Buenos Aires, Edhasa.

Stocking, George (1983), “Afterword: a View from the Center”, en: *Ethnos*, 47(1), pp.172 186.

Vidal, Hernán (2000), “La frontera después del ajuste”, en Grimson, Alejandro (Comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.

Viveiros de Castro, Eduardo (1999), “Etnología Brasileira” en Miceli, Sergio (Org.), *O que ler na ciencia social brasileira (1970-1995). Antropologia (Volume I)*, San Pablo- Brasilia, Editora Sumaré- ANPOCS- CAPES.